WALDO LEYVA   LA UTOPÍA Y OTRAS CEREMONIAS









Waldo Leyva

La utopía y otras ceremonias



Colección
Lima Lee




WALDO
LEYVA

Waldo Leyva

Nació en 1943 en Cuba. Es poeta, ensayista, narrador y periodista.

En poesía, ha publicado las obras *De la ciudad y sus héroes* (premio de poesía, l974), *Desde el este de Angola* (Luanda, 1976), *Con mucha piel de gente* (Cuba, 1982), *El polvo de los caminos* (Cuba, 1984), *Clarisa y el canario* (Cuba, 1985), *Diálogo de uno* (Cuba, 1988), *El rasguño en la piedra* (Cuba, l995), *Memoria del porvenir* (Cuba, 1999), *El dardo y la manzana* (México, 2000), *La distancia y el tiempo* (Cuba, 2002; México, 2005), *Otro día del mundo* (Cuba, 2004), *Ocultas claves para la memoria* (México, 2005), *De la máscara y la voz* (México, 2006), *Agradezco la noche* (México, 2006), *Breve antología del tiempo* (Granada, España, 2008; EE. UU., 2018), *Remoto adagio* (Cuba, 2008), *Asonancia del tiempo* (Sevilla, España, 2009), *Los signos del comienzo* (Caracas, Venezuela, 2009), *El rumbo de los días* (X Premio Casa de América de Poesía Americana, España, 2010), *Disyuntivas* (Islas Baleares, España, 2010), C*uando el cristal no reproduce el rostro* (IV Premio Internacional Víctor Valera Mora, España, 2011; Caracas, 2013), *Intimidad de la madera* (Cuba, 2013; Costa Rica, 2015), *El otro y el que habla* (Italia, 2015, edición digital), *Tarjeta de presentación* (El Salvador, 2016), *El espacio que habito* (México, 2016), *El dorso de las cosas* (México, 2016), *Los rostros del azar* (Rumanía, 2019), *Ritual de la memoria* (EE. UU., 2019) y *La palabra y el espejo* (Italia, 2020).

La utopía y otras ceremonias

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuellar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA UTOPÍA Y OTRAS CEREMONIAS

Para Margarita, siempre

NOTA IMPRESCINDIBLE

Convocado por el estimado poeta Harold Alva, dejo aquí este cuaderno donde le propongo al lector una selección de versos escritos en distintos tiempos y bajo circunstancias diversas. Los que han tenido la generosidad de acercarse a mi poesía reconocerán más de un poema y comprobarán que, a varios de ellos, les he hecho alguna corrección. No es extraño en mí ese proceder. Reconozco que el poema es un ser vivo y exige ser tomado en cuenta, no acepta que se le niegue esa condición y reclama, muchas veces, ajustes en el tono, corrección en la métrica; deshacerse de un título que siempre le molestó, despedir un adjetivo intruso que se valió de ciertas artimañas para permanecer.

Como en otras ocasiones, tampoco en esta selección me detengo a indicar la procedencia bibliográfica de los textos, ni a señalar cuáles de ellos son inéditos. Pienso, y lo he dicho más de una vez, que las antologías hay que asumirlas como un nuevo libro, no como una suma de versos procedentes de otras obras. En ellas los poemas deben dialogar entre sí, con el lector, con su tiempo; y, si están tocados por esa inatrapable sombra de la memoria

que es la poesía, serán nuevos siempre, tendrán esa inexplicable facultad de ser, al mismo tiempo, acabada expresión de su época y referencia imprescindible del porvenir.

COTIDIANAS

Siempre hay un barco que se va

Fayad Jamis

La excusa perfecta

En las noches tibias de la primavera

los antiguos poetas dialogaban con la luna

bebiendo el vino rojo,

entregados a las melodiosas

cuerdas del laúd,

acariciando, en la memoria

—mientras fundaban la piel

de una muchacha—,

la respiración virgen de alguna doncella

sin nombre y sin edad.

Aceptaban, sin cuestionar,

la compañía de la luna

que inauguraba cada noche
las copas de los árboles,
la temperatura indescifrable
de las torres
levantadas sobre el sonido
agorero de los bronces.
Con la torpe ingenuidad de los enamorados,
dejaban que la luna estableciera su dominio
en cada verso y aseguraban
que nunca sería tocada por el hombre,
así como tampoco pueden palparse
el horizonte o la utopía.
Pero hoy, venerados poetas,
nos aseguran que alguien
ha hoyado con su planta
su inviolable superficie
y ha mancillado el polvo

donde se oculta la sustancia

de donde nacen las estrellas[1].

Tal vez sea cierto

pero sus versos siguen confirmando

que en las tardes de mayo

triunfa el aroma y el aire es tibio.

La luna no ha dejado

de ser la excusa perfecta para el vino.

---

1 Homenaje a Nicolás Guillén.

CONCURRENCIA

Lloraba un perro a causa de la lluvia.

La viuda de los altos cerraba su ventana
y en otro lugar del mundo
una adolescente
ofrecía su dote con vergüenza,
ante la algarabía sin destino
de los muchachos de su edad.

Mientras escribo la palabra desierto,
un hombre escupe sobre la arena
sin sospechar que morirá
antes de que la humedad de sus pulmones
sea consumida por el sol.

Ulises no pudo saber
que la herida producida por el jabalí
y curada con tesón por Euriclea,
en la casa de su abuelo,
sería su único signo de identidad,
cuando viejo y marcado por la muerte
vino a recuperar la memoria de Ítaca
en el cuerpo de una mujer desconocida.

Mi amigo Willy Valcárcel pudo dejar para después
aquel encuentro, que ni siquiera era importante,
y ahora no estaría detenido para siempre
en una esquina de la ciudad,
por la que no puedo pasar sin recordarlo.

Si mi padre no hubiera extraviado el camino

no habría descubierto los ojos de mi madre,

ni el olor implacable de su pelo

y yo no estaría aquí,

sufriendo el desconsuelo que provoca la lluvia.

PTOLEMAICAS

Cuando descubrí, de niño, la palabra infinito, y, más que la palabra, esa falta sin fondo de que hablara Vallejo, sentí una angustia inapresable, un vacío en el pecho que todavía hoy me estremece cuando pienso en la sustancia ilusoria del horizonte. Al caer las primeras sombras de la noche, perdía la voz, corría en círculos alrededor de la casa, como si pudiera construir fronteras redondas y lloraba, lloraba desconsoladamente, sin saber que mi pena era la misma que sufrió Pascal y que sufrieron todos los sabios, después que descubrieron que era falso el Empíreo y el cielo de los cielos, y que la tierra no era más que una mariposa girando en torno al sol. Siempre sospeché que Ptolomeo no ignoraba la naturaleza infinita del universo, y que su sistema fue el único modo que encontró para protegernos de esa angustia. Todavía, en las claras noches del verano, me descubro sufriendo el destino de las estrellas que caen a ningún sitio y que siguen, con su rastro de luz, dividiéndome el pecho.

LA PARTE INVISIBLE DE LA FOTO

Desde su vieja silla bajo el sol,
mi padre dialoga en silencio
con parientes y amigos
ajenos para mí.

Nada significan los rostros o los nombres.

A sus noventa años soy un desconocido
que le acaricia el hombro, que lo peina,
e intenta hacerle recordar viejas historias
donde él fue protagonista —algo que siempre detestó—,
porque este Celestino, que ve correr al nieto más pequeño,
disfrutó como nadie ser la parte invisible de la foto.

Miro su rostro que será el mío de mañana
si el tiempo y la historia de estos años
resultan benévolos conmigo.

No recuerdo una caricia suya,
pero puedo asegurar
que nadie fue más tierno
en los días perdidos de mi infancia.

UNA INCURABLE SOLEDAD

Para Karel, mi hijo

Todavía es un niño.
Tiene la edad en que otros
ya son padres
pero es un niño.
Hay en sus ojos,
en lo más hondo de sus ojos,
una incurable soledad,
pero es un niño,
aún es un niño.
Cuando meto mis dedos
en su pelo,
cuando toco su rostro
se vuelve vulnerable,
siente de nuevo

ese hueco sin fondo,

de cuya memoria

también me duele el pecho.

Todavía no puedo desprenderme de esa punzante sensación de soledad que provoca la noche. El tren se ha detenido y yo a su lado, sin una mano que me salve. Mis ojos están fijos en el espacio donde el émbolo tiembla. Es mi primer recuerdo, mi primera muerte y resurrección. Bufa el tren. Lo único sólido del planeta es el espacio que ocupan mis pies de cuatro años. Mi madre llora de nuevo en algún sitio sin saber que muero. Se marcha el tren, mis ojos van y vienen con el émbolo.

CUANDO VUELVA NOVIEMBRE

A ustedes, los que vendrán después
cuando mi voz se apague,
quisiera preguntarles
si se mantiene vivo el flamboyán,
si las calles que nacieron conmigo
están abiertas todavía,
si el mar sigue saltando sobre el muro,
grabando con salitre
el paso de los días en las paredes de La Habana,
o intentando borrar el moho milenario
que protege la gran piedra de Santiago.
Tal vez puedan decirme
que aún las codornices anuncian
la llegada de noviembre.

Si les resulta difícil responder,
si no me encuentran en los versos
que dejé extraviados,
cuando todavía era posible respirar
y el planeta mantenía, a pesar de nosotros,
su azul indescifrable,
y mi mujer soñaba desnuda con el mar
ignorando que el polvo
iba a borrar su sombra para siempre.
Si ustedes, los que no han nacido todavía,
ignoran las respuestas
si no les resultan familiares
el repentino incendio de los flamboyanes,
o el vuelo torpe de las codornices
anunciando la lluvia horizontal
que revela su complicidad con el otoño.

Si nada de eso existe cuando mi voz se apague,
Empiezo, desde ahora, a sentir por ustedes
una pena sin fondo.

EL RUMBO DE LOS DÍAS

No soy de los que deciden el rumbo de los días.
Los dejo pasar, confío que serán siempre favorables.
No me asusto, ni hay asombro cuando me equivoco.
A veces, pocas veces, intento obligar las cosas
y lenta, suavemente, con terquedad tranquila,
voy poniendo cada piedra en su sitio.

Soy, definitivamente, una mezcla
de inseguridad e inalterable rumbo.
Nadie sospecha el pavor que antecede
mi primera palabra.

Engaña el gesto seguro del discurso.

Temo a la noche, al olvido, a la traición.
Provoco la infelicidad, es mi costumbre,
pero busco, por encima de todo,
el amor de los otros.

AGRADEZCO LA NOCHE

Aquí estoy, nuevamente amanecido,
dispuesto a soportar hasta que vuelva
la noche irremediable.
Cuento los días. Me resulta eterno
el tiempo que supongo me separa
del silencio sin ruido.
Estoy como en un pozo
pero viendo la luz solo en el agua.
En un sitio del mundo
comenzará otra guerra
y vencerán los muertos a los muertos.
De aquello que fue el rostro del amigo
queda solo una mancha, el tatuaje
que ha dejado la máscara en la piel.

¿Quién le cortó los hilos a la rueca?
¿Quién me dejó sin calles, sin laguna
con una puerta sólo hacia la infancia,
hacia el agua del pozo?
Aquí estoy, nuevamente amanecido,
ha sonado el teléfono,
comienza la ciudad su ruido informe,
y siguen los semáforos en rojo.

EL SONIDO SIN FONDO DE LA PUERTA

Vuelve a llamar. Toca de nuevo la madera remota de esa puerta. Nadie está en casa. Los últimos habitantes partieron al amanecer de un día, al que tú no has llegado. Vuelve a tocar. Tú no buscas a nadie, solo necesitas el sonido sin fondo de la puerta, la esperanza de una voz que responda, que justifique el origen de la memoria para poder partir. Hay otra puerta abierta. Los muertos dejan allí vasos de agua, flores que no han nacido todavía. Pero tú evitas ese umbral sospechoso. Sabes que si lo cruzas, volverás a ser niño, y ya no te alcanzarán las fuerzas para llegar hasta donde estás ahora, tocando a la puerta de una casa que ni siquiera desconoces, con la esperanza de una voz que te deje partir a ningún sitio.

YO NO PEDÍ NACER

Cuando un hombre y una mujer se juntan,
¿tendrán en cuenta que al hacer el amor
son como dioses,
que del acto de amarse,
de intercambiar sus jugos esenciales,
puede venir después un ser
que tendrá un nombre,
un modo de tocar las cosas,
un rostro para el beso o el azote?

Mientras funden sus cuerpos
hasta lograr que la piel sea una sola,
que baste una boca para respirar,
que lata un corazón para los dos,
¿pensarán entonces
que nadie le ha pedido venir a este paisaje?
¿Serán capaces de ofrecer disculpas?

COTIDIANA

¿Qué voy a hacer con este día?
No tengo ni siquiera el consuelo de ignorar
el breve porvenir de las horas que vienen.
Temo despertar mañana.
Miro pasar la gente,
sobre todo los ojos de la gente,
y quisiera gritarles:
                                        por aquí es el camino,
al final de esta ruta se puede reír,
hay lugar para el sueño al fondo de la calle.
Pero yo mismo no estoy seguro,
evito los espejos,
tengo la lengua amarga,
me echo a llorar sobre la cama
sin encontrar motivos aparentes.
Si pudiera dormir toda la vida
y despertar, no en el futuro,
sino en los años en que lo soñaba.

EL COLOR DE LOS OJOS DEL QUE ESPERA

Puedes pensarlo todo,
cuidar hasta el más mínimo detalle,
saber incluso la hora exacta del amanecer,
el ritmo de las aguas,
la temperatura del aire
y el color de los ojos del que espera.
Hasta pueden serte dadas las palabras
sin que falte un silencio
o una inflexión oculta.
Todo puedes saberlo, sin embargo,
cuando llegues mañana frente al otro
—frente a tu mismo rostro en el espejo—
habrá una sombra leve en tu mirada,
un mínimo rasguño en el cristal,
que nadie tuvo en cuenta,
ni tú mismo.

EL MAR AL FONDO DE LA CALLE

Al salir, al trasponer la verja,
tal vez no encuentre a nadie conocido.
Ya no seré sino algo que se agota,
que va de mano en mano,
alimentando la risa de los otros.
Ayer, todavía, tuve palabras nuevas
y el mar estaba ahí mismo,
al fondo de la calle.
Sé que el polvo del sur está en el viento
y espera a que yo salga
para golpearme el rostro,
para herirme los ojos.
¿Con qué pie debo salir al mundo?
¿Qué mano debo entregar primero?
Puedo partir de espalda o de perfil,
el pecho lo perdí
en la última subasta de un siglo que no existe.

UNO PUEDE CREER SIN HABER VISTO

Disipa un tanto las tinieblas
que en torno te circundan…
José María Heredia

Releyendo a Cortázar

Es cierto Julio, *un pez* en la pecera

puede ser *la sombra exacta*

de una nube violeta.

Uno puede creer sin haber visto[2],

describir, por el tono del trino,

al pájaro en la rama,

por el fluir del agua, la dimensión del río,

la forma y la tersura de la rosa,

por su aroma en el aire,

el paso de la muerte, por la sombra

y el amor en un gesto sin palabras.

---

2 Perdón Santo Tomás.

Los olmos en el parque de Washington
siguen allí, moviendo el aire,
dejando que su sombra sirva de paz a los viajeros.
No sé si en este otoño han perdido las hojas,
pero los veo igual en mi memoria.
Existen, porque una vez los contemplé en silencio,
cuando iban los niños a la escuela
y sonaba una sirena y otra le hacía coro,
mientras un beso apresurado y torpe
despertaba la piel de dos adolescentes.
Es cierto Julio, *la renuncia a la acción*
es la protesta misma *y no su máscara*.
Hay que desencontrarse minuciosamente,
descubrir en el acto su falsa procedencia,
creer y no creer hasta que todo
tenga el perfil violeta de una nube,
o la nostalgia de un pez en la pecera,

sin un espejo, sin luz y sin oxígeno.
Así es santo Tomás, lo que ahora vemos
nos impulsa a negar lo que hemos visto,
necesitamos creer lo que no vemos,
aquello que alguna vez soñamos y era cierto,
como es cierto el horizonte y la utopía.

Abril y 2020

INTERTEXTUALIDAD

Para Fayad Jamis, que es parte del poema

De pronto, él estaría en la ventana,
fumando para espantar la soledad,
mientras la niebla borra las laderas del Sena
y dos estrellas fingen acercarse.
Detrás de otra ventana, iluminada apenas
por las breves convulsiones de una vela,
alguien gemía de angustia o de placer,
mientras otro paliaba el insomnio
releyendo viejos manuscritos,
o rumiando la incertidumbre del día por venir.
Ella dormía desnuda,
ajena a las primeras pulsaciones
de la madrugada.

Su rostro adquiría cierta olvidada inocencia.
Tal vez corría en sueños por el antiguo patio
de la extraviada casa de su infancia,
anclada más allá de la torre legendaria,
más allá de las mudas campanas,
de *las cúpulas del miedo,*
a la vera de un mar que sin cesar batía
sobre *las islas de la lluvia,*
al otro lado del mundo.
Él sigue de espaldas a su sueño,
a su apetecible desnudes.
Quema el último cigarro de la noche
mientras un paseante extraviado,
tal vez un mendigo, quizá el último borracho,
se detiene justo bajo su ventana
y mira a un lado y otro,
como si hubiera perdido la esperanza.

Desde su mínima atalaya él lo observa,
con muda indiferencia,
hasta que descubre, a la luz del farol,
que el torpe peregrino de la madrugada
lleva una bufanda color vino
y una negra gabardina desleída,
la misma que él ha usado
desde tiempos inmemoriales.
También lleva un sombrero, su sombrero,
y la mano izquierda que busca, sin suerte,
en el bolsillo las llaves de la casa,
es su propia mano, tiene la cicatriz
del anillo que se extravió en el mar.
Quiere llamar pero ha olvidado a quién.
Solo recuerda que alguna vez
cerró la puerta y bajó las escaleras,
mientras ella dormía desnuda,

el cielo naciendo de su espalda,

con el rostro escondido entre las sabanas

para que nadie sepa que ha perdido

los últimos encantos de la adolescencia.

La pieza está vacía.

Por la ventana entreabierta

entra el intruso frío del otoño.

Ella despierta, se envuelve en su bata violeta,

enciende un cigarrillo,

y antes de cerrar la ventana

descubre, bajo la luz del farol,

una mancha de sombra, tal vez la huella

abandonada de la lluvia

a la página abierta de un diario

donde se da noticia de otro ahorcado

con la *garganta llena de silencio.*

BALCÓN DE LA MEMORIA

A Luís García Montero

Era un día de los años noventa y fue Granada.
Sentado en un café de Plaza Nueva
observaba la lluvia que llegó de pronto a la ciudad.
Las aguas bajaban las empedradas calles del Albaicín
y la escarpada cuesta hacia el Alhambra.
Buscaba cauces mutilados
intentando llegar al Darro o el Genil,
dos ríos enjaulados que fueron alguna vez
torrentes impetuosos donde se lavaron el rostro
ciertas vírgenes y bebieron hombres y caballos.

Me veo allí, desde este balcón de la memoria.

Tengo el pelo gris y he perdido otra vez mi chaqueta de cuero.

Cuando cese la lluvia, en busca de su hija pasará el poeta.

Tendrá aún su cara de adolescente eterno,

será dueño ya de una voz definitiva,

pero ignora que hay un viernes

entrando y saliendo desde un tiempo diferente,

un tiempo resentido y amargo,

días rotos por trompetas heridas

por torpes saxofones asmáticos y guitarras clandestinas,

donde no le será posible tachar canciones.

También él, que ya era mi amigo,

buscaba con angustia la verdad en *las horas inciertas*,

por *los merenderos de septiembre*

o en las breves *colinas del Genil*

por las que alguna vez anduvo Alberti

disfrutando las quintillas silvestres del *cante de poeta*.
Lo vi perderse mientras los restos de la lluvia
se escapaban hacia la tarde y aparecían en Plaza Nueva
aquellos niños bien, ingleses, alemanes y franceses
jugando a ser mendigos, con sus enormes perros de raza
y su mirada altiva y despreciable.

Pocas veces vi caer la lluvia en Granada y Almería.
Subiendo a Órgiva alguna vez, se despeñaba borrando las laderas
y los pueblitos blancos,
alimentando el cauce menguado de los ríos,
mojando los almendros florecidos,
deslizándose hacia el valle
por el antiguo mapa de las acequias
trazado por los árabes.

La lluvia es ya memoria

y un segundo café marca otro tiempo,

una noche de agosto en Torvizcón,

un quebrado pueblito de montaña,

anclado más allá de la margen izquierda del río Guadalfeo

en cuyas breves aguas descubrí sin sorpresa

una entrañable analogía entre el perfil de un ángel

y una foto extraviada de mi padre.

Lacera la memoria de esa noche.

Cantaban los poetas en la casa de cal del maestro del pueblo.

Bebíamos el vino rojo de las altas bodegas de Cuatro Vientos.

Dos ancianas de luto escuchaban desde un silencio extraviado

en otras horas, las melodías que bajaban o subían la montaña

mientras ellas, con el pelo suelo, recogían gozosas la cosecha

sospechando que pronto reventarían los frutos en sus vientres.

A los hombres de Torvizcón se los tragó la guerra.

El luto marca cada piedra, nos mira desde los muros,

reclama desde el fondo de los barrancos donde fueron fusilados.

No sé si fue el maestro, o fui yo mismo, quien pidió a la más vieja,

a la del luto más feroz, la que era delgada hasta doler

y apenas tenía dientes, que cantara para nosotros

las canciones que acompañaban a los soldados de la República

en los días de batalla.

¿Se puede?, preguntó después de mirar hacia la puerta con un pavor raigal.

Su pregunta me duele todavía.

Brotaba de una herida no cicatrizada o que cerró mal.

Su voz fue tímida al principio, como un suspiro apenas,

pero empezó a crecer, cada vez más hermosa

hasta llenar la casa, el pueblo, las montañas.

De pronto quien cantaba era la chica que corría descalza

con un clavel floreciendo en su pelo,

el viento rompiéndose en su blusa donde danzan impetuosos

sus senos inviolados y magníficos.

Me duele esa memoria que amarga mi café

mientras la tarde de ese extraviado día de los años noventa desaparece

en las primeras luces que apenas iluminan Plaza Nueva

por donde pasan ahora, quiero decir entonces,

dos jóvenes poetas que el tiempo y otras ceremonias

irán alejando de estas calles,
de esta Granda altiva
donde conviven la belleza y las hondas vibraciones
de la poesía, con el odio más feroz,
ese que levantó en el barranco de Viznar
su invisible y repudiado monumento.

Cayó la noche de esa noche.
Juan, que todavía no era olvido,
me llamó y hablamos de la lluvia, del pésimo café,
de nuestro viaje próximo a Trevelez,
de la fiesta del trovo
y de un porvenir remoto e improbable
en el cual, sin él saberlo, solo sería memoria.

Las calles del Albaicín me vieron subir entonces,
tocar los muros del Carmen de la Media Luna,

renunciar al mirador de San Nicolás, para buscar,

como quien necesita encontrarse a sí mismo en los que pasan,

la íntima placeta de Los Carvajales y entrar desde ella

a los íntimos rincones del palacio Nazarí.

Aún desconocía la Cuesta del Aceituno

y no existía la casa de los amigos que me dieron cobijo.

Uno regresa a veces, la importancia de volver no es salvar

lo ya vivido, es saber en qué esquina, en qué latido,

pueden fundiese el tiempo y la distancia.

Fue en Granada y era un día de agosto de los años noventa.

Abril 14 y México, 2020

SENSACIÓN

Siento un frío curioso
que me invade,
un sopor paladeable,
una especie de vértigo
tranquilo
que me arrastra
sin susto
hacia la sima.
¿Será acaso el final?
¿Esa música leve
es el rumor
de la Laguna,
de sus aguas sin peces,
o el batir impostergable
de los remos?

No sé por qué pero pienso
en los ojos del gato,
entro por sus pupilas
como si mi cuerpo
escapara, dividido,
por rutas paralelas.
Me deslizo
por las márgenes
de un cristal inacabable,
húmedo,
frontera trasparente
que reproduce,
como un espejo,
mi cuerpo doble y único,
mi cuerpo que cae
al recinto
donde se borraron

los límites de la luz

y la sombra,

a la región del silencio

inaudible,

donde desaparece

la memoria.

MUJERES

Definitivamente jueves

Quiero que el veintiuno de agosto
del año dos mil diez,
a las seis de la tarde como es hoy,
pases desnuda atravesando el cuarto
y preguntes por mí.
Si estoy, pregunta, y si no existo,
o si me he extraviado en algún lugar de la casa,
de la ciudad, del mundo,
pregunta igual, alguien responderá.
El primero de enero del año dos mil uno será lunes
pero el veintiuno de agosto de la fecha indicada
tiene que ser definitivamente jueves
y el calor, como hoy, agotará las ganas de vivir.
Las calles serán las mismas para entonces,
los flamboyanes de efe y trece seguirán floreciendo,
muchos amigos no estarán
y el tiempo habrá pasado por la historia de la casa,
de la ciudad, de mi país, del mundo.
Quiero que el veintiuno de agosto, al despertar,
prepares la piel

el corazón
las ganas de vivir.

Después que vuelva Silvio

Mi mujer se molesta si le pido
que detenga la música.
Pero cómo puedo escribir
si canta Silvio.
Y si no escribo
quién salvará este día
en la memoria
del porvenir.
Dentro de pocas horas
será veinte de agosto
y quiere que defienda
el tiempo de los dos.

Yo prefiero la gente,
esconderme en el ruido
de los otros,
confirmar que estoy vivo
viendo latir el pecho
del que pasa.
Ella pone paredes,

condena las ventanas,
solo permite entrar
a los que quiere.
Sé que prefiere el ocio,
la soledad doméstica,
que empieza a enamorarse
de las tardes,
de las noches de invierno,
de su ombligo
redondo y pequeñito.
Yo quiero a esta mujer
contra sí misma,
canto desde sus muros,
entro en los rincones
donde ella teme
abrir los ojos,
descubro los espejos
que la angustian.
Solo yo sé que es,
al mismo tiempo,
un pájaro asustadizo
y el guijarro mortal
contra las alas.
Mi mujer se molesta

si le pido que detenga la música,
pero prefiero ahora
mis encontradas melodías,
mis ganas de salvarme,
de poner la soledad a mi servicio.

Monólogo final

La oscuridad tiene tu olor,
mi olor,
y ese otro perfume
que nace de la piel
cuando se juntan
nuestros cuerpos.

Cierra los ojos. Toca mi cara.
Tus dedos borrarán la sombra.
No importa que sea de noche,
no importa que desconozcas
el rostro que tendré al amanecer.
Cada segundo puede ser toda la vida.
Mañana mi piel estará seca,
o deshecha en el aire
o será un verde germinal
o un rojo efímero,

pero ahora las yemas de tus dedos
tienen toda la luz.
Perdono al porvenir.
Las trampas que he tendido
tienen la misma inocencia
del juego de la alquimia.
Para el hombre no existe otro destino
que el manantial inédito.

Toca mi rostro,
sálvalo en la memoria de tus manos.

Cierto color violeta y la partida

Una mujer me espera
en un rincón del mundo,
enciende para mí las luces de su casa.

Cuando no estoy se pone mi camisa,
persigue el rastro de los dos sobre la cama,
duerme desnuda y sueña con el mar.

Yo voy mirando todo con sus ojos,
recuerdo los cristales, el pañuelo,
cierto color violeta y la partida.

Ahora mismo puede dormir
o estar despierta
o llorar escondida de sí misma.
No necesito verla
para entender sus gestos,
para saber cuándo está rota y grita,
cuándo junta palabras
como siempre, como nunca,
cuándo le pone el pecho a la distancia
y aparta los cuchillos y se siente culpable
y homicida y me odia hasta el fondo
donde vuelve a encontrarse con mis ojos.

Esa mujer me espera si estoy o si he partido,
y seguirá encendiendo las luces de mi casa
por encima del tiempo y la memoria.

Como una sombra más

Todos piensan en su palabra amordazada,

en sus ojos huérfanos

y la quietud inexplicable de su rostro.

Para nadie resulta sospechoso

Que tú recorras sola la ciudad
buscándote a ti misma,
o que el amanecer te sorprenda,
sin rumbo, frente al mar, frente al espejo,
frente a tu piel desnuda y quebradiza.

Tus ojos también pueden secarse.
Lo curioso, lo que no me explico,
es que prefieras seguir pasando al fondo.

Sus ojos huérfanos, lo sabes como yo,
son su mejor disfraz para salir al mundo
para que todos crean en su palabra amordazada.

En realidad, lo sabemos tú y yo,
desde hace mucho tiempo solo le quedan gestos
con los que finge pequeñas y falsas muertes

cotidianas.

Algunas veces sospecho de tu renuncia.

¿No puedes prescindir de ese juego de ausencias?

RETRATO DE LA EXTRAÑA

(óleo sobre tela)

Sentada.
Con un vestido negro que le cubre
desde el cuello a los pies,
está la niña.
La escalera de piedra va subiendo
de su cuerpo a la puerta y a unas flores
delante del cristal de la ventana.
El rostro está de frente
pero la niña mira hacia otra parte.
No es de tristeza el gesto
ni hay rastro de humedad en las pupilas.
Acaba de llorar, o está llorando aún,
por dentro.

Hay un hueco en el pecho de la niña

que se puede tocar.

LA SUICIDA

Odian su piel negada a renunciar
al salitre y al sol de donde viene.
Desprecian ese olor que ahora mismo
brota de su cuerpo desordenando el aire.
En algún lugar del cuarto existe
el diminuto acero que cortará
las venas de sus brazos.
Eso será después, ahora ella está
llenando los espejos, abandonada
al ritmo cambiante de su sangre,
disfrutando ese olor caliente
y dulce que le funda la piel.

SOMBRA DE LA MEMORIA

Lentamente, de piedra, va una mano…

Nicolás Guillén

La nobleza falsa de su rostro

Junto a la puerta está la veladora.

Tiene el rostro pecoso y los ojos perdidos

en un azul ausente, sin memoria.

En el fondo, asediado por turistas sin sexo,

el David oculta su perfil violento,

esa esquina izquierda de su cara

marcada por una ferocidad sin límites.

Las cámaras impersonales

siguen grabando su faz paradójica y confusa.

Yo voy de los ojos de la veladora

a las piedras inéditas de Miguel Ángel

donde pugnan por salir, torsos, brazos,
gestos como metáforas, que el escultor
dejó aprisionados en el mármol.
Siento que es aquí y no en el David
ni en la Piedad y menos en el gesto
épico y dramático del Moisés,
donde está esa angustiosa paradoja del hombre
que todo artista busca dentro de sí mismo.
Cuentan que Miguel Ángel,
asustado de su propia obra,
pidió, con un golpe de mandarria,
la palabra al Moisés,
pero quienes gritan, los que reproducen
el lamento más hondo, la fuerza,
la búsqueda de la utopía,
son estas piedras resueltas en un solo brazo
un torso idéntico al de aquel hombre

sin rumbo al que le di la mano
en la estación de trenes.

La veladora sabe que ha sido vista
por primera vez, que las pecas múltiples
de su piel dejaron de ser anónimas
sombras de la galería. Le pido la palabra
y el rubor de su cara me responde.

Vuelvo a la esquina izquierda del David
Me reconozco en esa rabia
ajena a la nobleza falsa de su rostro.

LLUEVE EN COYOACÁN

Es domingo.
Un domingo lluvioso de septiembre.
Estoy con Roberto y mi mujer
en la Casa Azul de Frida Kalho.

La lluvia hace más íntima esta tarde en Coyoacán.

En cada objeto está latiendo Frida.
Miro sus óleos, los autorretratos desafiantes
y no puedo apartarme de sus ojos,
del arco silvestre de sus cejas,
de su perfil volcánico.

Aquí con el corsé torturador,
allá con un rebozo violeta.

En el otro extremo está la hermana,
de belleza distinta,
y su padre siempre pendiente de sí mismo.

La lluvia es de algún modo la memoria.

En la cocina, la arcilla recuerda la ceniza
y el ruido de otros tiempos
donde la sangre indicaba el rumbo de las noches.

Roberto fija cada instante pero el museo se resiste.

Intento imaginar a esta mujer andando por la casa,
imponiendo su furia, sus olores,
sufriendo y disfrutando, las roturas del cuerpo.

Diego no existe en la imagen que esta tarde
me provoca la casa.
Su presencia es accidental, casi foránea.

La lluvia es fina como un polvo de agua.

Cierro los ojos y me llegan los ruidos
de su columna vertebral,
las maldiciones, el temblor del violeta casi ausente,
el tacto áspero y tierno de su bata frondosa,
la música cortante y persistente del azul,
y el olor, en crescendo, a desnudez,
a sexo reclamante, a semen húmedo.

Llueve en Coyoacán.

Frida sale al patio, no tiene el cuerpo roto,

baila desnuda sobre las piedras,
y la ciudad se calla.
La estoy viendo con los ojos cerrados,
la estoy tocando sin el tacto que estorba,
me llega el olor de su piel
tatuada por los vientos de otra edad
donde su corazón fundaba la piedra de los sacrificios.

No quiero despertar.

Si abro los ojos Roberto estará fijando el rostro
de mi mujer junto la foto absurda de Frida en el salón.

No quiero despertar, pero cesó la lluvia
y la ausencia de Frida llena el lecho
donde tantas veces se buscó a si misma
para dejar solo retazos suyos

dispersos en las telas

donde creen encontrarla los que pasan.

México y febrero 2011

AUTODISCURSO

Nadie puede pedirme que me calle,

que me muerda la lengua,

mi silencio es peor que las palabras.
¡Dejadme hablar!
Dejadme que me saque del pecho cada grito.
Que a nadie resulte inconveniente lo que digo.

Hay palabras como
                                        sueño
                                                    utopía
                                                                porvenir
que cuando caen,
se te vuelven veneno en la garganta
y te amargan la lengua y te rompen el pecho.

Aunque quede vacío para siempre
nadie puede pedirme que me calle.

La nobleza falsa de su rostro

Junto a la puerta está la veladora.
Tiene el rostro pecoso y los ojos perdidos
en un azul ausente, sin memoria.
En el fondo, asediado por turistas sin sexo,
el David oculta su perfil violento,
esa esquina izquierda de su cara
marcada por una ferocidad sin límites.



Colección
Lima Lee

